

repuesto completamente
de la pasada cogida.

Salen un Miura de sentido,
con el picador se encara;
Vicentillo se prepara;
brinda la suerte á un tendido,
se adelanta con valor;
llega el toro; falta el brazo,
y se lleva un batacazo
de los de marca mayor!

Ruedan caballo y ginete...
El público grita:—«¡Pillo!»
Se hace el muerto Vicentillo;
pero, en esto, le acomete
ciego de coraje el Miura,
y lo coge, lo voltea,
lo magulla, lo pateo,
lo deshace y lo tritura,
hasta que el bicho, cansado
de tanto dale que dale,
de la querencia se sale
y se va por otro lado.

Vicente está en la agonía;
cargan dos monos con él;
lo sacan del redondel
y entran en la enfermería.

—¿Qué es eso?

—¡Un muerto!

—¡No hay tal!

responde el doctor.—¡No es cierto!

¿Es Vicente? ¡No está muerto!



¡Este chico es inmortal!

Respondo de que está vivo.

Le iremos examinando...

¡A ver! Que vayan copiando

el parte facultativo:

«Herida grave en el pecho
de una cuarta de extensión;
fractura y dislocación
del omoplato derecho.

»Contusión de tercer grado,
muy grave en el peroné.
(Esta contusión es de
pronóstico reservado.)

»Herida sobre el frontal
que mide nueve pulgadas;
diez costillas fracturadas
y conmoción cerebral.»

.

¡Ya está tan bueno Vicente!
En la corrida siguiente
tiene otra nueva cogida;
pero se cura en seguida,
y así sucesivamente.



Gaita y sermón

CUADRO DE COSTUMBRES ASTURIANAS

I

Por la orilla del Nalón
y en un burro matalón
camina el Padre Tadeo,
arremangado el manteo
y calado el *canalón*.

Festeja Valdepomar
á Santa Rita bendita,
y el alcalde del lugar
le ha llamado á predicar
el sermón de Santa Rita.

Va el Padre muy abstraído,
sin temor á los retozos
del pobre burro aburrido,
mascullando algunos trozos
del sermón que se ha aprendido.

Al tomar por un sendero
que espeso zarzal señala,
se le une de compañero
de marcha, *Pin el Gaitero*
que va vestido de gala.

— Buenas tardes, señor cura.
— Buenas tardes nos dé Dios,
dice el Padre con finura.
— ¡Iremos, se me figura,
al mismo pueblo los dos?
— Yo voy á Valdepomar.
— Yo también voy á tocar
esta noche en la *foguera*.
¡Buen sermón va usted á soltar!



¡Lo mismo que si lo oyera!

—Hombre, gracias.

—¡Ya lo creo!

¿No es usted el Padre Tadeo?

—El mismo.

—¡Yo bien decía!

¡Si ya le oí á usted el día
de la Virgen en Langreo!

¡Si tengo yo muy presente
aquel sermón! ¡De qué modo
pintó el infierno á la gente!...

¡Si se veía talmente
al diablo con rabo y todo!...

—No, no tanto.

—Sí, señor.

Le juro á usted, á fe de *Pin*,
que no hay un predicador
que hable más claro y mejor
y que sepa más latín.

Lo que es en Valdepomar
ya saben lo que han buscado.
¡Y usted ya se hará pagar!

—Hombre, nada hemos tratado
sobre ese particular.

Me escribieron: «Venga usted»,
y yo les dije: «Allá iré.»

—Yo hago tratos más seguros:

Con el alcalde ajusté
mi trabajo en doce duros.

—¡No está mal! ¡Bien se portó
el alcalde!

—No me quejo;
pero sepa usted que no
se encuentra en todo el concejo
un gaitero como yo.

Sé tocar una *alborada*
que no miento si le digo
que no la hay más afinada;
y en una misa cantada
no hay quien se meta conmigo.

Verá usted. Voy á tocar
y así podrá usted juzgar...

—¡No! ¡No! Muchas gracias, *Pin*.
El burro no es *espantín*,
pero se puede asustar.

—Bueno, bien; como usted quiera.

—¡Falta aún mucho camino?

—¡Quiá! ¡Ni una hora siquiera!

En pasando aquel molino
tomamos la carretera.

—

El uno del otro al lado
y en amistoso palique,

llegan al pueblo citado
el Padre cura montado
y el gaitero de espolique.

Apenas los ven llegar,
los reciben con tambor
el alcalde del lugar,
y el cura y el coadjutor
y todo Valdepomar.

¡Qué alborozo! ¡Qué alegría!
—«¡Qué viva *Pin el Gaitero!*»
toda la gente decía;
y era el alcalde el primero
que los vivas repetía.

Y hay que decir, en honor
de la verdad, que en tal paso
sufrió el cura, con rubor,
que apenas hicieran caso
del Padre predicador.

II

En el amplio castañar
donde la gente venera
á su santa tutelar,

celebra Valdepomar
la renombrada *foguera*.

Hay bombas y *voladores*;
farolillos de colores
decoran la vieja ermita,
y en el fondo Santa Rita



brilla entre luces y flores.
¡Cuánta gente! ¡Qué expansión!
¡Qué voces! ¡Qué animación!
¡Qué mezclanza tan rara
de bulliciosa algazara
y cristiana devoción!
Se abre de sidra un tonel,
y allá acuden en tropel
los bebedores no escasos;

y hay quien se bebe cien vasos
¡y aun se queda á media miel!

Todos comen, beben, juegan...
Aquí unos chicos se pegan
y caen rodando al suelo,
y allá los mozos se entregan
al alegre *xiringüelo*.

Dirige *Pin*, animoso,
este baile cadencioso...
Le oye el público extasiado,
y está el alcalde orgulloso
con haberle contratado.

Renueva la confitera
cien veces su mercancía,
y pronto la avellanera
muestra su cesta vacía
apoyada en la cadera.

Los de la *danza* aprisionan
en el centro á los curiosos,
y más y más se eslabonan,
y en dulces cantos entonan
historias de hechos famosos...

Se oye allá abajo, en la fuente,
cantar monótonamente
«*La bendita Magdalena*»,
y hay ¡*vávará!* que resuena
en las montañas de enfrente.

Al fin, la gente cansada,
va abandonando la ermita,
y casi de madrugada
termina la renombrada
foguera de Santa Rita.

III

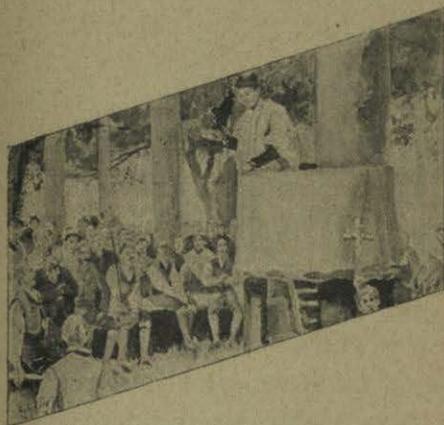
Son las diez.—Ya va á empezar
la fiesta, y honrando á Dios
los vecinos del lugar,
lucen este día los
trapitos de cristianar.

Se oye en el templo el zumbido
de los monótonos rezos;
y como nadie ha dormido,
interrumpe algún ronquido
el rumor de los bostezos.

Fuera, la gente impaciente
sólo aguarda la función;
y no siendo suficiente
la ermita, para la gente
que quiere oír el sermón,
en el castañar frondoso,

y atado al tronco rugoso
del árbol más corpulento,
alzó un vecino mañoso
un púlpito en un momento.

Suena la alegre campana;
disparan en la quintana



cohetes de dinamita,
¡y retiembla Santa Rita
en la insegura peana!

Ya sale la procesión,
y en correcta formación
va siguiendo el derrotero
que marca *Pin el Gaitero*
que va al lado del pendón.

Llegan al sitio fijado;

queda el séquito parado;
termina el triunfal paseo,
y sube el Padre Tadeo
al púlpito improvisado.

Con voz, unas veces grave
y otras melodiosa y suave,
—como exige la oratoria,—
habla como aquel que sabe...
que tiene buena memoria.

Mas ¡ay! tanto se ha extendido,
que apenas hay ya quien pueda
prestar atención, ni oído,
¡y hasta el alcalde se queda
profundamente dormido!

Termina, al fin, el sermón;
da vuelta la procesión
por la ruta ya marcada;
sigue la misa cantada,
¡y se acaba la función!

—
¿Qué tal el sermón?, decía
uno que tarde acudía;
y respondió una devota
que ella, la verdad, no había
comprendido ni una jota.

Sin embargo, el coadjutor,
que presume de orador,
afirmaba, sin dudar,
que aquel sermón fué el mejor
que se oyó en Valdepomar.

IV

Al terminar la anunciada
comida, en que hubo *fabada*,
y truchas en escabeche,
y pollos, y carne asada,
y jamón y arroz con leche;

el alcalde, entre el mareo
y la angustia del empacho,
dijo:—Es tarde, y yo deseo
que *Pin* y el Padre Tadeo
pasen conmigo al despacho.

Y añadió, abriendo un cajón:
—Estos doce duros son
de *Pin*.

—Gracias.

No hay de qué.

Y, Padre, aquí tiene usted

seis duros por el sermón.

¡Ajajá! ¡Perfectamente!

Los dos muy bien se portaron
y está contenta la gente.

(Y el Padre y *Pin* se miraron
significativamente).

Guardáronse su dinero;
y viendo el Padre—¡oh rubor!—
que aquel alcalde grosero
pagaba más á un gaitero
que á todo un predicador,
despídese amable y fino
de los que á la mesa estaban,
y cejijunto y mohino
baja á montar el pollino
que á la puerta le ensillaban...

Con él bajan sin tardar,
pues le quieren despedir;
y le ayudan á montar,
y á punto ya de marchar
vuelve el alcalde á decir:

—Mande usted, si le conviene.

Ya sabe usted que aquí tiene
un pueblo para un apuro.
Conque, hasta el año que viene,
que vendrá usted de seguro.

—¿No he de venir? ¡Sí, señor!

(contestó el Padre, chancero).

¡Mas no de predicador!

—¿Cómo?

—¡Vendré de gaitero
y saldré mucho mejor!

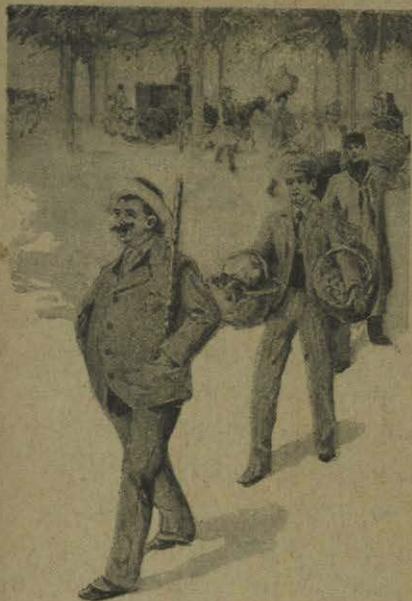


Fraternidad

Sé que don Severo Osuna,
notario de mala fe
y sin aprensión ninguna,
se ha comido la fortuna
de su hermano Bernabé.

Arruinando al pobre chico
logró el hombre hacerse rico,
y es feliz á su manera.
Y por eso yo me explico
—y se lo explica cualquiera—

que siempre que un pordiosero
con acento lastimero
le pide limosna en vano,
le conteste don Severo:
—Perdone por Dios, *hermano*.



Economía doméstica

Sostiene el buen don Rufino,
con razón en muchos casos,
que en Madrid los comestibles
nos los dan sofisticados.

Que ni el arroz es arroz;
ni los garbanzos, garbanzos;
ni los cuartos de gallina
son de gallina, ni cuartos.

Que las terneras son bueyes,
y los conejos son gatos,
y el chocolate una mezcla
de bellotas y *torraos*.

Así, que el buen don Rufino,
que está un poquito *chiflado*,
no compra nada en comercios
muy antiguos, pero en cambio,
en cuanto sabe que se abre
una tienda en cualquier lado,
allá va el pobre, seguro
de no sufrir un engaño.

Porque dice, y dice bien:
—«Para ganar parroquianos,
no han de dar el primer día
los géneros averiados.»

Por eso hoy en cuanto supo
que en la Plaza de Bilbao
se abría una *Huevería*
con muchísimo aparato,
fue don Rufino el primero
que entró á comprar muy temprano.

Y al ver que los huevos eran

gordos, frescos y baratos,
dijo el hombre:—«¡Esta es la mía!
El precio es muy arreglado,
y ya que están tan fresquitos
es la ocasión de comprarlos.»

Y dándose las de cuco
y de económico y práctico,
¡¡compró setecientos huevos
para el consumo del año!!





El oro

POESÍA QUÍMICA

¿Quién hay entre los mortales
que pueda desconocer

la grandeza y el poder
del gran *rey de los metales?*

Rey á quien rinde tributo
la mísera humanidad,
porque este *rey*, en verdad,
es todo un *rey absoluto*.

Rey que vence y avasalla
al que á combatirle venga;
no hay quien su paso detenga
con dique, muro, ni valla.

Monarca que sobresale
por su reinado fecundo,
pues no hay gobierno en el mundo
que al de este monarca iguale.

Altivo, indomable y fuerte
tala, edifica, destruye...
¡sólo su poder concluye
ante el poder de la muerte!

Los antiguos apreciaron
todo su inmenso valor,
y quizás por su esplendor
al oro *Sol* le llamaron.

Sol que al desvalido alienta
aquí como en el Mogol,
porque, sin duda, este *Sol*

es el sol que más calienta.

Sol que en sus rayos encierra
amor, paz, dicha y consuelo;
Sol que cual el sol del cielo
da lozanía á la tierra.

Algunos—y no me asombra—
á robar su luz llegaron;
infames, el *sol* tomaron
¡y hoy se encuentran á la sombra!

Por sus timbres especiales
y títulos de grandeza,
se halla en la naturaleza
siempre unido á otros metales.

También se halla—y es tesoro—
en *pepitas* muy bonitas.
¡Por eso muchas *Pepitas*
suelen tener *pico de oro*!

Es en extremo *maleable*,
y aunque por *dúctil* impera,
por nada el oro se altera
porque es muy *inalterable*.

Y siendo su estirpe egregia
y hasta tal punto encumbrado,

sólo puede ser tratado
por medio del *agua regia*.

—
Mas aunque el oro es potente
como toda majestad,
tiene una debilidad
que es muy justo hacer presente.

Aunque cual *rey* brillar pueda,
es en *dureza* tan pobre,
que tiene que unirse al cobre
para formar la moneda.

—
Quien tiene oro, dice altivo:
—«¡Positivo es mi tesoro!»
Y es natural, porque el oro
es *electro-positivo*.

—
Amarillo es su color,
y hay tonto que profetiza
que el tal color simboliza
la tristeza y el dolor.

¡Me río de la simpleza!
Que den oro á mi bolsillo,
y juro que su amarillo

no ha de causarme tristeza.

Que es el oro, á mi entender,
para todos los mortales,
consuelo, dicha, placer...
¡Feliz quien en su poder
tenga al *rey de los metales*!





A un padre... de la patria

¡Pero ven acá, simplón!
¿Piensas tú que me he asombrado
de tu triunfo en la elección?
¡Si te han hecho diputado
sin tener oposición!

¡Si yo no me asombro de eso!
 Pero tú, infeliz, ¿no ves
 que serás siempre un camueso
 en tu casa, en el Congreso
 y en donde quiera que estés?

—
 ¿De qué te sirve, ignorante,
 tener un cargo importante,
 si has de ser, sin remisión,
 el más insignificante
 de todos los del montón?

—
 ¿Piensas hacer algo? ¡Bah!
 ¡Harás el oso, eso sí!
 ¿Pero algo de bueno? ¡Quiá!
 ¿En qué pensó tu papá
 para colocarte ahí?

—
 Abusar en tu favor
 de su omnímoda influencia,
 —perdóneme el buen señor,—
 ha sido una inconveniencia
 de las de marca mayor.

Pues él sabe demasiado
 que tú eres *casi* negado,
 y no digo *por completo*,
 no sé por qué... por respeto
 al nombre de diputado.

—
 Tu cara es prueba evidente
 de tu ineptitud patente,
 ¿pues qué otra prueba más cierta
 que esos ojos y esa frente
 y esa boca siempre abierta?

—
 Hay quien con cara de listo
 es un necio, un botarate,
 pero tú... ¡por Jesucristo!
 sólo con verte está visto
 que eres tonto de remate.

—
 Los de dentro y los de fuera,
 diputados y porteros,
 conocen ya tu tontería...
 ¡Qué más! ¡Si hasta los maceros
 te miran de una manera!...

Mas tú, nada, tan campante;
orgullosa de tu gloria,
sigues tu marcha triunfante
con el apoyo infamante
de *Diputado por Coria*.

—

Y ahí tienes el resultado
de verte tan encumbrado
y á la vista de la gente:
eras un tonto en privado
y hoy lo eres públicamente.

—

Todo el mundo sabe aquí
lo que puedes dar de ti,
y hasta en el distrito ya
reniegan de tu papá
que les ha engañado así.

—

Y aunque tuvisteis el arte
de burlar su buena fe,
cuando quieras presentarte
juran volver á votarte...
pero á votarte con B.

¡Está el distrito bonito!
No se te ocurra la idea
de visitar tu distrito,
pues ni San Pedro bendito
te libra de una pedrea.

—

¡Furiosos tus electores,
dicen de tu padre horrores
al ver que han votado á un *nene*,
que en vez de cerebro tiene
requesón de miraflores!...





Cuento

Ayer hallé á un cesante
de rostro macilento,
que frente á un panecillo
tan duro como un hierro,
—pues que quizás tuviera
dos meses por lo menos,—

contábale afligido
 dolores y tormentos,
 vertiendo cada lágrima
 que era un dolor el verlo.
 Toméle por un loco
 y á él me acerqué con miedo,
 diciéndole:—Amiguito,
 perdone si molesto;
 pero saber quisiera
 por qué tan triste y serio
 le encuentro conversando
 con ese pan tan seco.
 Y respondiíme el hombre
 al punto y muy atento:
 —¿Desea usted, amigo,
 saber lo qué pretendo?
 La cosa es muy sencilla,
 y aunque á las claras veo
 que usted me juzga loco,
 verá que soy muy cuerdo.
 ¡Seis días han pasado!
 ¡Seis días, caballero,
 sin que un bocado solo
 entrara en este cuerpo!
 Y como el tiempo pasa
 y el hambre va creciendo,
 con este pan me encaro,

—porque es fuerza comerlo,—
 mas como está tan duro
 y así con él no puedo,
 le cuento mil desgracias
 y horrores mil le cuento
 ¡á ver si de este modo
 consigo *enternecerlo!*





¡¡Otro álbum!!

«Querido Vital: Te envió
el álbum de Telesfora,
una apreciable señora
prima de un amigo mío.

»El encargo es muy urgente,
espero que satisfagas
mis deseos, y que lo hagas
hoy mismo. Tuyo, VICENTE.»

¡Otro álbum más! ¡Me da miedo!

¡Otra nueva poesía!

El caso es que yo debía
negarme, pero no puedo.

¡Este amigo es una plaga!

¿Cómo decirle que no?

Creerá sin duda que yo
me niego porque no paga.

Estas costumbres odiosas
serán nuestra perdición;
yo no sé por qué razón
no han de pagarse *estas cosas*.

Quien de lo que escribe vive
y no hereda á ningún tío,
¿por qué causa, señor mío,
no ha de cobrar lo que escribe?

¿Es por ventura una ofensa?
¿A quién la verdad le asusta?
Creo que á nadie le gusta
trabajar sin recompensa.

¿Vive alguno sin dinero?
¿Se me figura que no!
¡Caramba! ¿No pago yo
al sastre y al sombrerero?

Y si yo para comer
necesito trabajar,
¿por qué no me han de pagar

los versos? ¡Vamos á ver!

¡Es costumbre, y se acabó!

Fuera el reclamar en vano.

¡Ay! ¡Si yo encontrase á mano
al que el álbum inventó!

¡Qué costumbre tan maldita!

¡Diez *álbumes* en un mes!

Y, al fin, cuando el álbum es
de una muchacha bonita,

tiene entonces cierto encanto
y el ánimo se recrea;

pero cuando es de una fea,
¡qué compromiso, Dios santo!

¡Menos mal si es conocida!...

Pero ¿qué le digo ahora
á esta doña Telesfora,
si no la he visto en mi vida?

¿Qué sé yo?... ¡Me desespera!
Lo haré, aunque de mala gana,
salga pez ó salga rana,
ó salga... lo que Dios quiera.

Á TELESFORA:

«Es tu virtud celebrada,
simpática Telesfora.»

(Una pregunta, señora:
¿Es usted viuda ó casada?

Como soy tan comedido,
sentiría hacer el oso,
y que su señor esposo
se diera por ofendido).

«Tus rojos labios, agravios
dan á la dulce ambrosía...»

(Supongo, señora mía,
que tendrá usted buenos labios).

«Son tus dientes de marfil,
y tu aliento embriagador
tiene el balsámico olor
del cefirillo en Abril.»

(Digo, á mí se me figura...
Sólo me faltaba ahora
que tuviese usted, señora,
cariada la dentadura).

«Tus negros ojos, enojos
dan al sol...» (No seguiré;
pues yo á la verdad, no sé
cómo tiene usted los ojos).

¡Es mucha fatalidad!
¡Nada! No debo seguir,
porque me expongo á decir
cualquiera barbaridad.

Mas si tanta obstinación

tiene en ponerme en un brete,
mándeme su filiación
en el dorso de un billete
de cuatro mil de vellón.

